

9. LA MUERTE

Viviendo en la ignorancia, creyéndose sabios y educados, los necios deambulan confusos de acá para allá, como ciegos guiados por otros ciegos. Confundidos por la ilusión de la riqueza, semejantes a niños, son incapaces de ver lo que hay más allá de la muerte. «Solo hay este mundo, no hay otro», dicen, y yerran de muerte en muerte. *Katha Upanishad*.

El hecho de la muerte enfrenta brutalmente al ser humano con algo que relativiza su vida y pone fin a la despreocupación con la que realiza su quehacer cotidiano. Sin embargo, en la gran mayoría de los casos, se la ignora hasta que es inminente. En el *Mahabhárata*, a la pregunta «¿Qué es lo más asombroso en el mundo?», el juicioso Yudhishthira responde: «Día tras día innumerables personas van a la morada de la muerte, y sin embargo los que siguen vivos se creen inmortales». Y Sigmund Freud observaba:

Mostramos una patente inclinación a prescindir de la muerte, a eliminarla de la vida. [...] Somos incapaces, desde luego, de imaginar nuestra propia muerte; cada vez que lo hacemos podemos ver que sobrevivimos en tanto que espectadores. Así, la escuela psicoanalítica ha podido arriesgar el aserto de que, en el fondo, nadie cree en su propia muerte, o, lo que es lo mismo, que en el inconsciente todos estamos convencidos de nuestra inmortalidad.

Sogyal Rinpoche cuenta su asombro al ver cómo se ocupa el mundo moderno de la muerte:

Cuando vine por primera vez a Occidente, me chocó mucho el contraste entre la actitud sobre la muerte que encontré y la de mi tierra natal. A pesar de todos sus logros tecnológicos, la sociedad moderna occidental no tiene ninguna comprensión real de la muerte y de lo que ocurre durante y después de la muerte. [...] A pesar de las enseñanzas [cristianas], la sociedad moderna es en gran parte un desierto espiritual donde la mayoría de la gente se imagina que esta vida es todo lo que hay. Sin ninguna fe real o auténtica en la vida tras la muerte, la mayoría vive una vida desprovista de todo significado profundo.

Las células que componen el cuerpo, las plantas y los animales, los mares y las montañas, los planetas, los soles y las galaxias (y, dirían los hindúes, incluso los universos y los dioses): todo muere y renace sin cesar. El nacimiento (la entrada en el tiempo) y la muerte (la salida) son condiciones necesarias de la existencia en este mundo.

Jean Servier incide en la universalidad de la tenaz creencia en la supervivencia tras la muerte:

En todas las civilizaciones, la misma afirmación estalla con fuerza, sin que la evidencia sensible de la muerte la debilite nunca. [...] Nunca una duda de este tipo [sobre la supervivencia postmórtem] ha sido expresada por ninguna civilización o sociedad. Nunca los etnógrafos han observado, aparte de en el Occidente de final del siglo XX, ningún pueblo que considere la muerte como el final de la aventura humana. Y aún hay que distinguir entre la filosofía pregonada por algunos intelectuales y la fe profunda del pueblo, incluso cuando esta fe se esconde e incluso cuando la filosofía no está muy segura de sí misma.

En 1975 Raymond Moody sorprendió al mundo con su libro *Vida después de la vida*, donde se narraban experiencias de cien personas que habían sido declaradas clínicamente muertas pero que volvieron a la vida y narraron sus vivencias. Este libro cambió la actitud de mucha gente con respecto a la muerte y dio origen a otros libros similares.

Las personas entrevistadas por Moody —así como muchas otras investigadas posteriormente por otros científicos— narran experiencias como: la audición de un sonido extraño, la sensación de salir del cuerpo y la visión del propio cuerpo desde fuera, la impresión de atravesar un túnel oscuro al final del cual se percibe una luz, el encuentro con seres queridos anteriormente fallecidos (incluso con algunos cuya muerte se desconocía), la presencia de un ser espiritual luminoso, una intensa felicidad, paz y amor, la visión retrospectiva de la vida propia y, finalmente, tras descubrir que no era todavía su hora de morir (en general después de alcanzar una especie de frontera final), el regreso de mala gana al cuerpo. En algunos casos también se mencionan experiencias desagradables.

Es común entre los que han pasado por una ECM relatar que nunca antes habían experimentado tan intensamente una paz así. En un estudio realizado por el Dr. Jeffrey Long, 76,2% de los que habían pasado por una ECM respondieron que habían experimentado «una paz increíble y deliciosa». Igualmente, la gran mayoría (74,4%) pensaban que se habían sentido «más conscientes y despiertos de lo normal»; estas personas describen sus procesos mentales como muy lúcidos y sus sensaciones como mucho más vívidas (por ejemplo, muchas veces indican que su visión era de 360°). El sentido del tiempo y del espacio son distintos, y a menudo aseguran que su experiencia no se puede describir con palabras. Los que han pasado por una ECM creen firmemente que se trataba de algo absolutamente real —para algunos, algo más real que cualquier otra experiencia de su vida y, en cualquier caso, muy distinto de un sueño— y que de verdad han visitado el mundo de ultratumba.

Se han publicado centenares de artículos sobre las ECM, muchos de ellos en revistas científicas y médicas muy prestigiosas, lo que hace que ya no se puedan ignorar. Una gran parte de los científicos y médicos —a menudo escépticos de antemano— que han investigado seriamente sobre el tema se han convencido de que se trata de experiencias reales e inexplicables según los parámetros médicos usuales. Jeffrey Long propone nueve razones que avalan la existencia de una vida tras la muerte:

1. Tener una experiencia lúcida y altamente organizada mientras se está inconsciente o clínicamente muerto es inexplicable desde un punto de vista médico.
2. Los que han experimentado una ECM pueden ver y oír en el estado fuera del cuerpo, y aquello que perciben es prácticamente siempre real.
3. Las ECM también ocurren durante una anestesia general, cuando ninguna forma de consciencia debería estar presente.
4. Los ciegos también tienen ECM, y esas ECM incluyen a menudo experiencias visuales.
5. Las revisiones de la vida que ocurren durante las ECM reflejan fielmente acontecimientos reales en la vida del experimentador, incluso cuando esos acontecimientos habían sido olvidados.
6. Prácticamente todos los seres con los que se contacta en una ECM están fallecidos en el momento de la ECM, y la mayoría son familiares fallecidos.
7. La sorprendente similaridad de contenido en las ECM de niños muy pequeños y las de adultos sugiere firmemente que los contenidos de las ECM no se deben a creencias previas.
8. La asombrosa similaridad de las

ECM en todo el mundo apunta a que son acontecimientos reales. 9. Las personas que experimentan una ECM son profundamente transformadas por su experiencia, a menudo para toda la vida.

Para Jeffrey Long las tentativas de explicación física están destinadas al fracaso, pues son solamente intentos de salvar el paradigma materialista de algo que lo pone en duda de manera tan palmaria:

A lo largo de los años, los escépticos han sugerido más de veinte «explicaciones» diferentes de las ECM. Si hubiera una o incluso varias «explicaciones» de las ECM que fueran generalmente aceptadas por los escépticos como plausibles, entonces no habría tantas «explicaciones» distintas. La existencia de tantas «explicaciones» sugiere que no hay ninguna «explicación» de las ECM sobre la cual los escépticos estén de acuerdo en que pueda ser plausible.

Raymond Moody, el pionero de estos estudios, observa:

No he encontrado ni una sola persona que no hubiera sufrido un cambio profundo y positivo a consecuencia de la experiencia. [...] Todos los investigadores y clínicos que conozco que se han ocupado de entrevistar a personas que habían sufrido experiencias de aproximación a la muerte han llegado a la misma conclusión: «Su experiencia les ha hecho mejores».

Neal Grossman se pregunta, asombrado, por qué una discusión tan crucial se ignora por sistema:

Los indicios a favor de una vida después de la muerte son lo suficientemente sólidos y persuasivos como para que una persona imparcial concluya que el materialismo es una teoría falsa. Sin embargo, la academia se niega a examinar las pruebas, y se aferra al materialismo como si fuera verdadero a priori, en vez de falso a posteriori. [...] Una negativa que es especialmente desconcertante cuando se tiene en cuenta la inmensa importancia que tiene para los seres humanos la posible existencia de un más allá. [...] El *establishment* académico se encuentra hoy en la misma posición que el obispo que se negaba a mirar por el telescopio de Galileo. [...] Hay mucha confusión sobre este tema, porque muchos identifican la ciencia con una metafísica materialista, y los fenómenos que se sitúan fuera del alcance de esta metafísica, y por lo tanto no pueden ser explicados en términos físicos, son declarados «anticientíficos».

Sam Parnia observa:

Los ultraescépticos siempre atacarán nuestro trabajo. Bien, estoy conforme. Así es como progresa la ciencia. Lo que está claro es que algo profundo está ocurriendo. La mente —esa cosa que es «tú»; tu «alma», si quieres— permanece después de que la ciencia convencional diga que debería haber desaparecido en la nada.

El *Garuda Purana*:

Mientras todos están mirando, uno lo abandona todo y muere. [...] Sus riquezas se separan de él ya en su casa; sus familiares y amigos le acompañan al campo de cremación y luego se vuelven. El fuego consume el cuerpo pero el mérito y el demérito le acompañan. El cuerpo es quemado por el fuego, pero las acciones que él realizó le acompañan.

Vemos que lo único que acompaña al hombre tras su muerte es el *dharma*, su conducta, lo que ha hecho de sí mismo con sus acciones buenas o malas (*karma*). De la

misma forma, en el antiguo Egipto se consideraba que lo único que permanece con el hombre son sus acciones. Según Platón lo único que podremos llevar con nosotros tras la muerte es nuestra *paideia*, nuestra «educación».

Según Sogyal Rinpoche:

A menudo nos preguntamos: «¿Cómo estaré cuando me muera?» La respuesta a esta pregunta es que, cualquiera sea el estado mental en el que estamos *ahora*, cualquiera sea el tipo de persona que somos *ahora*, así seremos cuando muramos, salvo que cambiemos. Por esta razón es tan absolutamente importante utilizar esta vida, mientras aún podemos, para purificar nuestra corriente mental, y así nuestro ser y carácter básicos.

¿Es el condenado al infierno torturado por demonios? Según la interpretación de los santos, son sus propias pasiones quienes le hacen sufrir. William Law dice:

Mientras el hombre vive entre las vanidades del tiempo, su codicia, envidia, orgullo e ira acaso se hallen en un estado tolerable, acaso lo mantengan en una mezcla de paz y tribulación; pueden tener a veces sus satisfacciones como sus tormentos. Pero cuando la muerte ha puesto fin a la vanidad de todos los engaños terrenales, el alma que no ha renacido de la sobrenatural Palabra y Espíritu de Dios, ha de verse inevitablemente devorada o encerrada en su propia codicia, envidia, orgullo e ira, insaciables, inmutables, torturantes.

Para Frithjof Schuon,

Entran en el infierno no aquellos que han pecado accidentalmente, con su «corteza» por decirlo así, sino aquellos que han pecado substancialmente, con su «núcleo»...

Solo van al infierno aquellos que, si Dios los sacara de él, harían todo lo que fuera para volver a entrar en él; la perpetuidad del infierno está menos, pues, en el rigor del Juicio que en la naturaleza de los condenados.

Después de la muerte, lo que nosotros somos será nuestro mundo, una vez despojados de la gran «inercia» del cuerpo físico que limita enormemente el mundo y atenúa tanto la felicidad como el dolor: seremos lo que hayamos hecho con nuestra alma tras la vida en la Tierra. Si la hemos llenado de luz, nuestro mundo será luminoso; si hemos escogido la oscuridad, el temor, el odio y la ignorancia, nuestro mundo tendrá estas características. Cada uno de nosotros preparamos en esta vida nuestro mundo post mórtem, un mundo que estará en consonancia con la naturaleza de nuestra alma y del que seremos los únicos responsables. Así lo dice el *Shatapatha Bráhmāna*: «El hombre nace en el *loka* [mundo] que él mismo ha creado».

El *Garuda Purana* dice: «Dos expresiones: *mío* y *no mía*, significan esclavitud y liberación. Por *mío* la persona se encadena, y por *no mía* es liberada». Y Abú Saíd AbulKhayr: «No hay más infierno que la egoidad, ni más paraíso que la ausencia de yo».

«Si muero en estado de pecado mortal iré al infierno por toda la eternidad». Desconcertantes y abominables enseñanzas, viniendo de una religión que profesa representar en la tierra al Dios del amor. [...] El mal es, por definición (en este

intento de plantear el problema), lo transitorio, lo evanescente, el sufrimiento en el proceso; no puede, por la naturaleza de las cosas, coagularse en una forma eterna: el infierno. Hablar de infierno eterno es (desde esa perspectiva) una contradicción. Sería lo mismo que hablar de una eterna transitoriedad o estado de cambio. Pero lo eterno es, por definición, lo inalterable. (Gerard Casey)

Las tradiciones orientales proclaman que todos los seres volverán, tarde o temprano, a su origen: la Divinidad, el Absoluto del que surgieron. ¿Cabe esta posibilidad en las religiones monoteístas?

En la historia de las iglesias y la teología cristianas periódicamente surge, desaparece y vuelve a resurgir la doctrina de la apocatástasis. La «salvación universal», la «restitución de todas las cosas», esto es, la humanidad y toda la creación, a su condición primigenia; la salvación de todos los seres, incluidos los demonios y las almas condenadas, fue propuesta por algunos Padres de la Iglesia.

La doctrina de la apocatástasis tiene una cierta tradición en el cristianismo ortodoxo. Según el arzobispo Kallistos Ware: «Es herético afirmar que todos deben ser salvados, pues esto equivale a negar el libre albedrío, pero es legítimo esperar que todos puedan ser salvados».

En palabras de Ramakrishna:

Con seguridad, todos realizarán a Dios. Todos serán liberados. Algunos pueden recibir su comida por la mañana, otros a mediodía y otros por la tarde, pero nadie se quedará sin comida. Todos, sin excepción, conocerán ciertamente su propio *Atman*.

En el *Fedón*, Sócrates dice: «Recordamos una antigua tradición: las almas van allí [al otro mundo] a partir de aquí, y de nuevo regresan y nacen de los difuntos».

El hinduismo, el budismo y otras religiones orientales (jainismo, sijismo, etc.) creen en la transmigración de las almas (*punarjanma*: vuelta a nacer, re-nacimiento; en Occidente llamada popularmente «reencarnación»). Esta creencia, de forma más o menos explícita, estaba muy extendida en todo el mundo antiguo. Los egipcios, los griegos y los romanos (al menos en sus versiones cultas), los celtas, los aztecas, los mayas y los incas, las tribus de América y de África occidental, los aborígenes australianos, etc. también compartían, cada uno con matices propios, esta creencia.

Se ha especulado mucho acerca de si la transmigración de las almas era algo admitido por el cristianismo antiguo o no; varios Padres de la Iglesia y santos de los primeros tiempos parecen haber defendido esta posición. ... Defendiera o no el cristianismo primitivo la transmigración de las almas, muy pronto la Iglesia se apartó de esta idea hasta que en el año 325 el Concilio de Nicea la condenó. Cada religión, según su perspectiva propia, pone énfasis en cosas diferentes, lo cual conlleva, inevitablemente, ventajas e inconvenientes.

La transmigración es defendida por varias ramas del judaísmo. La Cábala (*kabbalah*) la acepta y la expone claramente, pues considera que una sola existencia terrenal no es suficiente para lograr la purificación que se necesita para conseguir el fin último: la unión

con Dios. Isaac Luria profundiza sobre el asunto de la transmigración (*gilgul*: ciclo) en sus enseñanzas y para el hasidismo, una corriente de judaísmo místico popular, es una idea fundamental. Sin embargo, y a pesar de su difusión en círculos místicos, esta idea ha sido rechazada y combatida por muchos filósofos y maestros judíos.

Que —al igual que en el hinduismo o el budismo— se trata de algo más profundo que un «paseo turístico» individual por distintos seres (tal como se concibe a veces hoy en día la «reencarnación») se ve en interpretaciones como esta:

Si Adán contiene el alma total de la humanidad, que está ahora difusa entre todo el género en innumerables codificaciones y apariencias individuales, todas las transmigraciones de las almas no son, en última instancia, sino migraciones de la única alma cuyo exilio expía su caída.

Si hay una supervivencia tras la muerte, este hecho es de vital importancia para nuestro concepto de la existencia, nuestros valores, nuestros códigos morales y toda nuestra vida sobre la tierra. En vez de ignorar la muerte sin enfrentarnos a ella hasta que ya no hay más remedio, deberíamos prepararnos conscientemente para recibirla. La consciencia de la muerte impone un orden jerárquico correcto a las cosas que nos importan, distinguiendo entre las prioridades y las cosas prescindibles.

Según la *Chandogya Upanishad*: «Verdaderamente, un hombre consiste en su voluntad. Así como desea en este mundo, en eso se convierte cuando se va de aquí. Consciente de este hecho, que forme su voluntad».

Para el sabio la muerte es el momento supremo de la vida. Como dice san Ambrosio de Milán: «Los necios temen a la muerte como al mayor de los males, pero los hombres sabios la buscan como un descanso después de sus esfuerzos y como el fin de todos los males». Según los budistas tibetanos, para los yoguis consumados «la muerte [...] es el momento de la suprema liberación: el momento culminante de su triunfo y la consumación de su práctica».

Identificarnos cada vez más con nuestra alma más profunda y liberarnos de las ataduras de la mente pasional debe ser la gran tarea de nuestra vida. Las últimas palabras de Buda fueron: «Todas las cosas condicionadas son perecederas. Esfuérzate diligentemente por alcanzar el objetivo [el nirvana]».